



IKE

Por JUAN ALDEBARAN

ERA la época en que las democracias liberales creaban contrafiguras para una tragedia. Los militares alemanes ofrecían una silueta recortada, neta, unos seguros movimientos geométricos, una estética guerrera impecable que era más bien una exageración de la moda castrense; tenían la rigidez de un maniquí de escaparate de tienda de efectos militares. La contrafigura de las democracias tendía a mostrar que sus jefes no eran una casta, sino unos civiles profesionalizados en lo militar, como podrían estarlo en otra ciencia cualquiera y que para ejercer su profesión lo único que necesitaban era saber más táctica y estrategia que nadie, tener tanto valor como el que más, sin utilizar más símbolos externos que los estrictamente necesarios.

MONTGOMERY paseaba por los campos de batalla con un paraguas, Churchill se hacía uniformes fantásticos, de corte romántico y un poco cómico; los generales americanos circulaban en mangas de camisa sin insignias de grado, reían a carcajadas, fumaban y bebían con sus soldados y les palmoteaban las espaldas, especialmente cuando había fotógrafos delante. Frente a las rectas y los ángulos del orden oponían las curvas de sus ropas abolladas y sueltas de habitantes de la libertad.

El aldeano de Abilene

Eisenhower era una de estas contrafiguras. Una cara de bebé risueño, unos ojos azules cándidos. Se sentaba a la puerta de la «Tête-de-négre», un pequeño restaurante de Marnes-la-Cotte —a un tiro de piedra de París—, y charlaba con los vecinos de la aldea, haciéndose explicar una y otra vez —y acogiendo siempre la explicación con carcajadas y fingido asombro— por qué el departamento de Seine-et-Marne es anular y encierra dentro al departamento de Seine, el cual guarda la ciudad de París, lo cual le parecía la cosa más extraña del mundo administrativo. Se sentaba con la soltura de quien muchas veces se ha sentado a la puerta de su casa en el pueblo a charlar con los vecinos: una casa de madera en el centro de Abilene, que está en el centro de Kansas, que está en el centro de los Estados Unidos, que, como todo el mundo sabe, está en el centro del mundo (Eisenhower había nacido en Tejas, pero por casualidad; no tenía espíritu tejano y se proclamaba siempre como un hombre de Kansas). En la aldea de Marnes-la-Coquette volvía a ser aldeano: sin embargo, era el jefe supremo de las fuerzas aliadas en Europa y tenía bajo su mando el ejército victorioso más grande que haya conocido la Historia.

Aún quedaban en Abilene, durante la infancia de Eisenhower, los restos de un «saloon», el recuerdo del «sheriff» histórico —Wild Bill Hitchcock, que había matado con sus «colts», personalmente, más de cien cuatros— y algunas otras leyendas del «Middle West» histórico. La casa de los Eisenhower —que en tiempos fueron Aisenauer, y cambiaron su nombre alemán por una forma inglesa, como tantos emigrantes— era pobre, culta y rígida. Su padre trabajaba en una lechería porque le protegía su secta religiosa —los Brethren in Christ, salidos de los Amiches, brotados de los Ana-

baptistas; las herejías sucediendo a las herejías—; era la consecuencia de unas fugas de juventud, de un matrimonio prematuro, de una Universidad abandonada para enfrentarse con la vida. Eisenhower padre debía tener una frustración interna del recodo que había hecho en su vida porque quiso —y lo consiguió— que sus hijos, los «Ikes» —cada uno de los hermanos llevaba este sobrenombre familiar y se les distinguía por el adjetivo; Dwight era el «Ugly Ike», o «Ike el Feo»—, hicieran carreras intelectuales. El hecho de que «Ike el Feo» abrazase la carrera militar resultó insólito: los Brethren eran pacifistas, defendían la idea de que la religión es opuesta a las armas, y la madre lloraba noche tras noche, mientras el padre se encerraba en un trágico mutismo. Por lo demás, se le abría un porvenir oscuro. Iba a entrar en la Academia militar a los veinte años, lo cual era demasiado tardío; sus posibilidades de ascenso eran escasas. El país no tenía ninguna guerra por delante y, sobre todo, Dwight no tenía ninguna vocación. Iba a ser militar porque lo fue un amigo de



Infancia y le dijo que se vivía bien, y porque el senador de Kansas disponía de una plaza en la Academia Naval y otra en la de Infantería, y porque no veía otra salida para su vida, que, después de haber terminado los estudios en la escuela superior de Abilene, se perdía en empleos varios, mal pagados y cerrados. En las veladas de discusiones familiares, Dwight, con un lápiz en la mano, explicaba a su familia que antes de retirarse podría llegar a ser teniente coronel, lo cual era una situa-

Con Montgomery, poco antes del asalto a Normandía. El hombre que había tardado cuatro años en llegar a segundo teniente, mandaba entonces el ejército más poderoso que se haya reunido nunca. El aldeano de Abilene, oscuro aspirante a teniente coronel, estaba en la cima de su carrera militar.



Churchill era un "ser fantástico" y quería participar en la invasión: "Winston, hará usted mi tarea mucho más pesada si participa en la operación", dijo Eisenhower. El rey Jorge VI consiguió, finalmente, hacer desistir a su premier.



1945: La guerra ha terminado. En Berlín se reúnen los jefes militares: Montgomery, Zukov, Eisenhower y Koenig. «Ike» tenía a sus espaldas cuarenta años de vida profesional en la milicia, muchos de ellos en puestos administrativos y sin brillantez alguna...



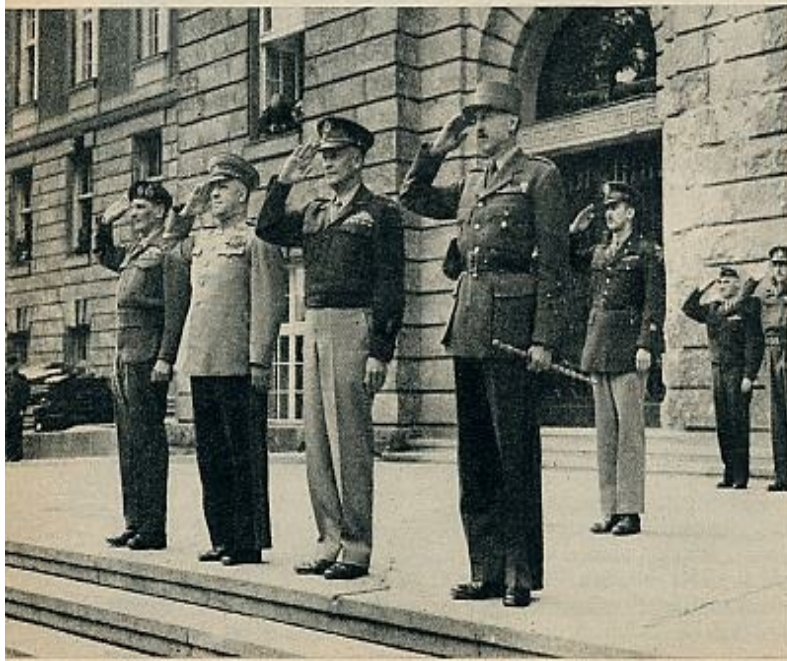
ción pasable. En fin, Dwight pidió la plaza de la Academia Naval, pero resultó que era para otro, y fue a parar a la de Infantería, a West Point, en 1911, a los veintiún años de edad.

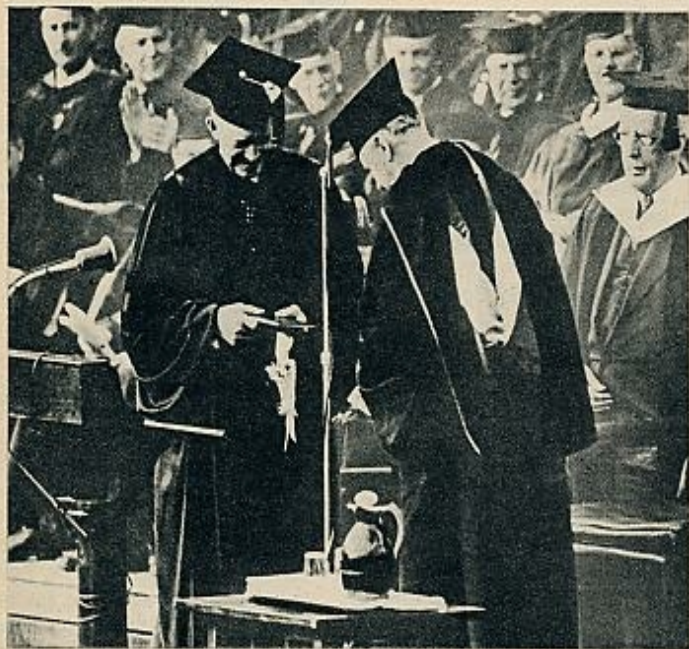
Una carrera difícil

Tardó cuatro años en ser segundo teniente. La carrera hacia el puesto ideal de teniente coronel era difícil. La oportunidad para los ascensos era excelente porque los Estados Unidos intervinieron en la primera guerra mundial; pero a Eisenhower no le mandaron. Fue a parar al fuerte San Houston, en Tejas. Lo que encontró allí fue el matrimonio con «Mamie» Geneva Doud, de educación puritana, ajena a las frivolidades de este mundo. Eisenhower no tenía en su carrera militar guerras por delante, pero tenía unas determinadas virtudes: un sentido de la organización poco común, una capacidad de síntesis para abordar los problemas que superaba su falta de ideas originales, una honestidad y una rectitud a toda prueba, una enorme habilidad para hacer triunfar sus opiniones. Cuando sus jefes se percataron de ello, y de que su modestia natural no suponía un peligro para nadie, se determinó que podía hacer una buena carrera militar de oficina. La Escuela de Estado mayor de Fort Leavenworth, en Tejas, le profesionalizó en ese sentido

en 1926. Eisenhower trabajó en cosas tan diversas como la comisión de Monumentos conmemorativos de batallas, como auxiliar en la oficina del Secretario adjunto de Defensa en los años de 1929 a 1933, de donde pasó a la oficina del Jefe de Estado mayor.

En estos puestos, dos generales advirtieron las capacidades administrativas de Eisenhower: McArthur, que se lo llevó a las Filipinas, y Marshall. Estaba en Filipinas cuando el ataque contra Pearl Harbour; era jefe de Estado mayor de división, y Marshall se lo llevó a Washington como jefe adjunto de Estado mayor encargado de la División de Operaciones. Por fin, una guerra; por fin, la serie sucesiva, fulgurante, de ascensos. Jefe de las Fuerzas aliadas en el Norte de Africa, comandante Supremo de las Fuerzas militares expedicionarias aliadas en Europa, jefe de la zona de ocupación militar americana en Alemania, jefe del Estado mayor conjunto americano y, finalmente, jefe Supremo de las fuerzas de la OTAN: el chico de Kansas tenía, tras cuarenta años de carrera, un ejército de veinte naciones a su disposición. No había otra fuerza superior a la suya en el mundo, a excepción de la del Presidente de los Estados Unidos, y Eisenhower se retiró del ejército en 1952 para conquistar esta última posición de su carrera.





Con Montgomery, Lazzaro de Castiglione, Gruenther y Gortz. Los enemigos se han reconciliado. «Ike» los manda a todos desde su jefatura de la OTAN.

La vuelta triunfal a Kansas, su tierra, entre confettis y aplausos. Y luego la universidad, un breve retiro hasta el escalón supremo de presidente.

El americano organizador

Se dice que esta rapidez de ascensos de Eisenhower se debe, sobre todo, a su talento administrativo y organizador. Cuando la diversidad de frentes, la inmensidad de un teatro de operaciones que cubría toda clase de climas, los ejércitos que agrupaban hombres de las más distintas psicologías y móviles de guerra distintos, la propia diversidad del enemigo, hacían que la guerra pareciera una anarquía sin remedio, Eisenhower sabía sintetizar todo ello y obtener unas líneas, unas consecuencias, unas soluciones. La guerra parecía dirigida por seres fantásticos como Churchill, militar aficionado de toda su vida, artista, literato, político, que inventaba operaciones imposibles; como Truman, pequeño camiserero asustado con la herencia que le había dejado Roosevelt, que era un pacifista y un idealista; en el fondo estaba la silueta fanática del general De Gaulle, para quien todo aquel asunto de la guerra era una cuestión puramente francesa y no podía tener más soluciones que las francesas. El gran mérito de Eisenhower fue el de no hacer demasiado caso de todo ello y dirigir la guerra según los principios militares y de sentido común que le parecían oportunos. Estas condiciones le hicieron tener mala popularidad en Europa. No se cuidó demasiado

Eisenhower de «europeizarse». El y «Mamie» eran, sobre todo, americanos; donde llegaban creaban un ambiente americano en torno suyo, una isla americana, con sus costumbres, sus rezos, sus modas, sus comidas. Cuando «Ike» aceptó el mando de las fuerzas de la OTAN, que representaba un organismo de intereses comunes atlánticos, declaró que lo hacía exclusivamente para servir los intereses de los Estados Unidos. Por otra parte, representaba la guerra fría. Europa le había acusado ya de dirigir las operaciones militares en un sentido que había permitido a los americanos ocupar la mayor parte de Europa, emprendiendo una carrera política de velocidad con respecto a los rusos, pero en detrimento de sus aliados. Como jefe de la guerra fría se temía que estuviera, también, al servicio de su país más que al de los intereses generales; él nunca lo ocultó.

«Ike» elimina a Stevenson

Esas razones de su impopularidad en Europa fueron, precisamente, de su enorme popularidad en Estados Unidos. Cuando Truman salió de la presidencia del país, al terminar su mandato legal, los dos partidos, el demócrata y el republicano, pidieron a Eisenhower que fuese su candidato. El general parecía estar por encima de la política, representaba una figura de unión

nacional. Su austeridad, el conservadurismo de su infancia, la conducción militar de la guerra fría le inclinaron por el partido republicano. Fuese cual fuese el partido elegido, Eisenhower habría ganado las elecciones. Su candidatura supuso un importante cambio histórico en los Estados Unidos.

La popularidad extraparlamentaria de Eisenhower sirvió para eliminar para siempre de la política a un hombre de grandes virtudes, de inteligencia política superior, que fue Adlai Stevenson, candidato demócrata. En primer lugar, en la convención republicana de Chicago —1952—, derrotó al aspirante Robert Taft, que representaba una extrema derecha fanática, de la línea que en el partido republicano ha producido hombres como Nixon y Goldwater. Los planes programáticos de Taft eran francamente siniestros. Se basaban en la supremacía atómica, y pretendía que, en el caso de que hubiese amenaza de una invasión soviética de Europa, los Estados Unidos debían proceder rápidamente a la destrucción atómica de las capitales y las grandes ciudades europeas antes de que cayeran en poder del enemigo: esta Numancia para otros, hubiera puesto la carne de gallina a los europeos de no saber que Eisenhower iba a vencer a Taft y que Eisenhower era un mal menor. Proclamado, efectiva-

mente, Eisenhower iba a derrotar en las elecciones, por una terrible diferencia de seis millones de votos, a Adlai Stevenson. Era un candidato sin deseo de serlo, movido por el partido que veía en este intelectual la posibilidad de movilización de una enorme fuerza de izquierda: le apoyaban, además de la influencia europea, los sindicatos, los centros intelectuales, los negros, los pacifistas. Todo fue inútil. Stevenson volvió a ser candidato frente a Eisenhower en las elecciones siguientes, en 1956, y fue vencido de nuevo. Su carrera se quedó en puestos administrativos inferiores, en la que desarrolló una gran labor, hasta que murió de un ataque cardíaco en una calle de Londres. Las derrotas de Stevenson cambiaron probablemente el destino de Estados Unidos y el de América por los veinte años siguientes, en los que todavía nos encontramos. Eisenhower elevó a Nixon de la nada, al hacerle vicepresidente: la fuerza que hoy tiene Nixon, y su puesto de presidente, es un arrastre de aquel momento.

La «doctrina Eisenhower»

La obra de Eisenhower, como presidente de los Estados Unidos, es aún fruto de análisis. Su apartamiento de la política le hizo confiar los asuntos exteriores a uno de los hombres más nefastos de la posguerra,

Marshall, «Ike», Truman y Acheson. La OTAN está en marcha...



Julio de 1952: Convención republicana de Chicago: Eisenhower y Nixon ven segura la victoria electoral...



1955: Con Foster Dulles, poco antes de un viaje a Europa.



1959: Krutchev y Eisenhower. Todavía no había estallado el «U-2.»



Diciembre de 1960: Kennedy es presidente electo. Acaba la era Eisenhower.



Con Goldwater, candidato en 1964, fallida esperanza republicana.



Johnson le visita en el hospital, después de un ataque cardíaco. «Ike» todavía contaba en la política.



desde el momento en que fue creador de la «política del borde del abismo»: la doctrina consistía en sostener continuamente el mundo en el extremo de la guerra nuclear para contener el avance de las fuerzas comunistas y, por extensión, de todos los movimientos de liberación y progresistas del mundo. La personalidad de Eisenhower se centró en lo que había sido su profesión y su vocación: la organización. Concibió el mundo como una serie de pactos, hasta el punto de que se ha hablado en aquel momento como la era de la pactomanía. Fue la época que vio nacer y reforzarse todos los grandes pactos internacionales, con cabeza hegemónica en Washington. Desdichadamente, Foster Dulles construyó los pactos situando a la cabeza de los países a elementos considerados «fuertes», pero comúnmente odiados de sus pueblos por su carácter tiránico: fue éste el origen de una serie de revoluciones locales que debilitaron la «pactología». La «Doctrina Eisenhower», originariamente creada para el Oriente Medio, fue la base de la política exterior general americana y, en cierta forma, la codificación de la guerra fría: El ejército americano será utilizado para defender cualquier país que lo solicite para repeler una agresión comunista; los Estados Unidos ayudarán a cualquier país a desarrollar su fuerza económica; los Estados Unidos darán ayuda en materia militar y consejeros a las naciones que lo soliciten. En virtud de la «Doctrina Eisenhower» se encuentran los Estados Unidos envueltos en la guerra del Vietnam y en un laberinto mundial. Bajo Eisenhower se realizaron las intervenciones armadas americanas en Guatemala (1954), en el Líbano —sublevación en el Irak, dentro del Pacto de Bagdad, 1958— y Cuba (1961).

Sin embargo, la época de Eisenhower ofrece un aspecto contradictorio. Fue él quien terminó la guerra de Corea con la noción de que no podía ganarse ni perderse y con una salida que equivalía a una derrota; fue él quien se opuso al macarthismo en cuanto tuvo fuerza para hacerlo —hubo un tiempo en que el terrible senador medieval Joe McCarthy tenía más influencia en el país, y aun en la política

exterior y las Fuerzas armadas, que el propio presidente— y consiguió desmontar su poder; y él quien, en defensa de los derechos civiles de los negros, mandó tropas federales a Little Rock para contener la agresión blanca.

Los días negros

Su peor momento presidencial fue, sin duda, la «Conferencia en la Cumbre», de 1960, cuando, después de dos citas con Krutchev —en 1955 y en 1959, que contribuyeron en cierta forma a la reducción de la tensión internacional— le estalló, cuando ya se encontraba en París, el asunto del «U-2» en las manos. La URSS derribó un avión espía sobre su propio territorio, y el piloto declaró que su vuelo no era único y que estos aparatos especiales estaban siendo utilizados. La denuncia pública de Krutchev, y su negativa a participar en la conferencia hasta que Eisenhower hubiese pedido perdón, la sensación de haber sido cogido «in fraganti», la enorme capacidad de propaganda de Krutchev —probablemente el político más hábil de la URSS en los últimos años— y la torpe y embarazosa situación de Eisenhower en ese momento, amargaron los últimos días de su residencia en la Casa Blanca y probablemente influyeron en la inmediata derrota de su sucesor, Nixon, frente a Kennedy, que restauró la Casa Blanca —entenebrecida y dismuida durante los tiempos pueblerinos del matrimonio Eisenhower— y dio nuevas posibilidades a la política americana.

Eisenhower se fue al retiro rodeado de una aureola de salvador de la patria, convertido en consejero áulico de su partido. Entre golpe y golpe con su palo de golf, entre ataque cardíaco y ataque cardíaco, Eisenhower influía en la política de su partido, en las elecciones, en los nombramientos. Desde que se apartó del poder fue menos moderado verbalmente de lo que había sido, destino éste que parece perseguir a los ex presidentes —véase Truman—. El nombramiento por aclamación de Nixon y su posterior triunfo frente a Humphrey se deben al apoyo de Eisenhower, fiel a quien fue su vicepresidente y al que considera inspirado por sus doctrinas. ■ J. A.